

Carlos Monsiváis

El magisterio y la modernidad

En la campaña presidencial de 1988 se reafirma —con abundancia de pormenores— el papel premoderno de los profesores del Sindicato Nacional de Trabajadores de la Educación (SNTE). En mítines y concentraciones, entre tablas gimnásticas, como algo menos que majestuosos, ovaciones que no aturden y despliegues de entusiasmo mensurable, el candidato Carlos Salinas de Gortari recibe el entrañable respaldo de Vanguardia Revolucionaria y su prístino Guía Moral y líder vitalicio Carlos Jonguitud Barrios, ex-gobernador de San Luis Potosí y aliado por excelencia del régimen. El candidato agradece y Jonguitud (candidato a senador) sonríe con placidez orgiástica.

¿Quién lo contradice? El profesor y licenciado Jonguitud perfeccionó la estructura donde el sindicato domina, el secretario de Educación se irrita y pacta, el presidente concede a quienes tanto le dan (el sometimiento incondicional) a cambio de tan poco (el poder sectorial), y en casi toda la República a quien le deben lealtad los funcionarios de la SEP es al cacique, el belicoso representante de la degradación gremial. Encumbrado por métodos gangsteriles (homenaje a la técnica de sus predecesores inmediatos), elogiado sin límite por Echeverría, López Portillo, De la Madrid, y Salinas de Gortari, Jonguitud es, durante 18 años el caudillo incontestado. El suyo es el sindicato más grande de América Latina, y son suyos los delegados y es suya la dinámica corporativa y son suyos los permisos, las concesiones, las treinta mil plazas de que Vanguardia dispone para sus favorecedores y amigos. ¡Treinta mil leales a carta cabal!

El día de la toma de posesión del presidente Salinas de Gortari, Jonguitud y los suyos respiran satisfechos. El sistema les debe tanto que debiera pagarles con otro sexenio de invulnerabilidad. ¿Quién controla, dociliza, y les infunde militancia priísta a los maestros? ¿Quiénes, por ejemplo, organizaron en Chihuahua las Brigadas del Voto? Sólo los de Vanguardia Revolucionaria y en Vanguardia sólo Carlos Jonguitud.

¿A quiénes tiene enfrente? La oposición que el Guía Moral del SNTE desprecia, enfangada en pleitos internos y mutuas acusaciones de "reformismo", los agitadores de teorías espesas y experiencias de catacumbas, faltos del aliento de vida que conceden el poder sectorial y las contribuciones al poder central. ¿Qué es la Coordinadora Nacional de Trabajadores de la Educación (CNTE)? Una turbamulta que desea transformarse en vano en grupo de presión, y del destino de cuyos militantes Vanguardia está al tanto: muertes violentas (el caso arquetípico pero de ninguna manera único es el del profesor Misael Núñez; los crímenes son numerosos), cese o traslado en condiciones muy adversas, acoso puntualizado en la nulificación de cualquier ascenso.

LA REVOLUCIÓN, COMO ANTEO, SE RECUPERA UNA VEZ TOMA POSESIÓN DE SU NUEVO CARGO

Desde hace medio siglo los grupos en el poder juzgan a los profesores inmodificables, dóciles, socialmente invisibles, las correas transmisoras del conocimiento elemental que son necesarias (como método didáctico) y prescindibles (como gremio).

Entre 1920 y 1940 la "mística" del magisterio, el sentido misionero le sirve extraordinariamente —con alto costo para los maestros— a la integración de la nación y del Estado. Pero en el gobierno de Manuel Ávila Camacho, ya estorban la mística y sus practicantes. La unificación sindical y la burocratización extrema reiteran que pasó el tiempo de calificar a los maestros de nervio de la nación o constructores de la Patria. Si son importantes —dicen las autoridades con otras palabras—, lo son en niveles discretos, como servidores públicos al tanto de su humilde condición presupuestal, laboral, ideológica. Si no los persiguen los cristeros con machetes desorejadores, que se abstengan de prédicas.

Termina el apóstol y aparece el burócrata de la Federación.

A los maestros, desde 1940, nadie les demandará en público el sacrificio salarial, porque el gobierno cree o quiere hacer creer que reciben lo justo. Esto exige un paso previo: la "desacralización" de la enseñanza, elevada a planos religiosos por los liberales del siglo XIX y los radicales en el Constituyente de 1917. Si persiste la fe ritual en los resultados de la escolarización ("El título profesional es el seguro contra el desempleo"), se extingue cualquier confianza en los proveedores directos de esa magia, el conocimiento. Es rápida la disolución del aura de los profesores, a quienes se considera instrumentos mecánicos del proceso educativo. ¿Cómo creerlos imbuidos de la mentalidad superior, viendo su aspecto, sus modos de vida, su aplastamiento administrativo? A los profesores y a la educación en general, la SEP los somete al pesado "criterio-de-los-sexenios", la clave de la renovación en la inmovilidad. Este es el mensaje: antes de este sexenio sólo desastres han ocurrido, empezamos desde cero. ¿Le interesa realmente al gobierno la calidad de la enseñanza? A juzgar por los hechos esta es para las clases gobernantes un asunto menor. Cada Secretario desconoce primero, y acto seguido, crítica con furia lo que lo antecede. Se ha hecho muy poco, el presupuesto es mínima, los planes de enseñanza son inútiles o probadamente insuficientes, hay inercia y descuido... ¡¡¡pero ya está aquí el Salvador, con su proyecto infalible!!! Se suceden el Plan de Once años, la Revolución Educativa, la Reforma Educativa. Los maestros — percibiendo muy poco — ganan cada vez menos, y la burocracia rapaz del SNTE presiona y exige adhesión incondicional, servicio político (o incluso acción de fuerzas de choque), eliminación de las pretensiones de poseer derechos. Paulatinamente se califica a la educación "zona de desastre", y se descrece de las ventajas antes irrefutables de la alfabetización.

El ataque a la imagen magisterial tiene un resultado obvio: cada vez más, sólo quienes no pueden evitarlo (por vocación o por falta de oportunidades) eligen el magisterio como estación terminal. Los jóvenes insisten en verlo como estación de paso. Y a los maestros de las misiones rurales y de filiación cardenista, los sustituyen quienes por fuerza se amoldan a las ordenanzas de la vida institucional. La nueva imagen propuesta: el maestro, un semiprofesionista, sin derechos políticos, sin genuinas opciones de transformación académica, condenado a repetir con inercia creciente la información parcial que un Comité seleccionó en su beneficio. Por eso, entre 1956 y 1958, y en última instancia, la lucha de la Sección IX se libra, contra la reducción, del magisterio a un sector informe, sin derechos, que transmite con mnemotecnia vacilante lo indispensable, iza la bandera algunos días, del año, asiste a festivales tristesísimos y vota por quien se le diga. (Esto, en la capital; en el resto del país, la función de los maestros es distinta, y en los pueblos son, con frecuencia, líderes naturales. Por eso, el PRI se empeña en hacer de los profesores su base persuasiva.)

"TANTAS CAMISAS HUERFANAS DE CORBATA"

En un manifiesto de 1958 los profesores argumentan: de acuerdo con las cifras oficiales, en julio de 1956 ganábamos el 14 por ciento menos que en 1939, en tanto que en marzo de 1958 la diferencia es más del 35 por ciento. Concluyen:

Esta situación que señalamos solo ha conducido a que los maestros resintamos los perjuicios consiguientes en nuestra salud y en la de nuestros familiares, carezcamos de la posibilidad de educar a los hijos, y a que desmerezca nuestra capacidad profesional. Tal estado de cosas exige que le pongamos punto final mediante nuestra lucha unida y combativa.

Proponemos a todos los maestros de primaria luchar por:

- a] elevación del sueldo nominal a 1 200 pesos;
- b] sueldo móvil al ritmo del alza de los precios;
- c] jubilación a los 30 años de servicio sin límite de edad, con el último sueldo y extensión de los aumentos a los pensionados;
- d] servicio médico extensivo a los familiares del maestro con pago íntegro de medicinas;
- o] escalafón que considere la antigüedad y méritos del maestro, elección democrática

de las comisiones de escálfón;
e) pasajes de los maestros en general.

Estas demandas no informan de una lucha por modernizar, sino del paso previo: evitar que se profundice el anacronismo, devolverse siquiera al nivel de 1939. El gobierno responde con ferocidad, y las autoridades educativas con el desprecio evidente que verbaliza el atildado humanista Jaime Torres Bodet, secretario de Educación Pública del presidente Adolfo López Mateos. Irritado ante la disidencia magisterial, Torres Bodet la evoca en uno de esos monumentos al parecer sin frequentadores, sus libros de memorias:

No se si ese mismo día (tal vez fue otro) recibí por la noche, en mi despacho, a una delegación de pasantes hostiles al decreto del 9 de enero. Nunca me habían rodeado tantas chamarras sucias, tantas camisas huérfanas de corbata, tantas uñas luctuosas y tantas melenas que parecían por despeinadas, simbolizar las ideas de quienes las agitaban garbosamente. Y nunca escuché discursos más inconexos, afirmaciones menos veraces y más capciosas preguntas. No contentos con escribir sin ortografía, como lo comprobaron sus pliegos de peticiones, esos futuros "maestros" peroraban sin ilación, oían sin entender y repetían hasta y el cansancio los argumentos insustanciales.

(En *La tierra prometida*)

Habló el humanista, luego en 1958, 1959 y 1960 pontificarán a su modo, y en seguimiento de la exigencia de buena ropa, los granaderos y los policías judiciales. El juicio sumario ha concluido: los profesores son fracasados arquetipos. Y la escuela, antes considerada vía de formación humana y ciudadana, queda como el trampolín desde el cual sólo unos cuantos podrían dar el salto al bienestar.

Quienes primero se enfrentan a la zona de desastre son los utopistas. Por ejemplo, Ivan Illich, el adversario más agudo del mito de la escolarización, afirma en *Alternativas* (Editorial Joaquín Mortiz, 1974):

[...] el hombre occidental concibe al ciudadano como un ser que "pasó por la escuela". La asistencia a clases sustituyó la tradicional reverencia al cura. La conversión a la nación por medio del adoctrinamiento escolar, sustituyó la incorporación a las colonias de España por medio de la catequesis [...] El sistema escolar ha venido a hacer de puente estrecho por el que atraviesa ese sistema social que se ensancha día a día. Como único pasaje "legítimo" para transitar de la masa a la élite, el sistema coarta cualquier otro medio de promoción del individuo y, mediante la falacia de, su carácter gratuito, crea en el individuo una convicción: él es el único culpable de su situación.

Pero los secretarios de Educación Pública ni siquiera se enteran del contenido de las demandas. A ellos les incumbe el volumen de sus operaciones, el crecimiento presupuestal, el dominio rígido de esos cientos de miles de profesores que se han quedado a medio camino entre la profesión y el mero desempleo. Y por lo demás, según criterios del Estado y la sociedad, el sistema educativo cumple mínimamente, no hay demasiadas quejas sobre la enseñanza primaria y secundaria, y el cinismo explica la resignación: a los desertores, a los impedidos de seguir una carrera profesional, de algo les servirán estos barnices; quienes continúan tendrán tiempo para reparar las fallas, y concluir satisfactoriamente primaria y secundaria en la educación superior. Y, como apunta Illich, al local escolar se le encarga la custodia de quienes sobran en la calle, el hogar o el mercado laboral.

MANES DEL DARWINISMO SOCIAL

Sin poder reaccionar, los profesores atestiguan el proceso de las degradaciones múltiples, aislados en el salario mínimo, sin estímulos, bajo la ferula de caciques y caciquillos, came de acarreos, obligados con frecuencia a la mínima corrupción que es la

defensa contra la gran corrupción. Y también, contemplan el ascenso implacable de los egresados de escuelas privadas, y el destino de sus alumnos, obligados a la deserción, el exterminio de sus talentos previsibles, la calificación no tan ocasional de sí mismos como "mano de obra barata", el ahogo cultural que halla salidas en comics, periódicos deportivos y publicaciones alarmistas, y la decepción ante los resultados de su paso por la escuela primaria y secundaria. Estos jóvenes se saben limitados "fatalmente" por lo que no se aprende en la escuela (los contactos, las ventajas del medio de origen), y se frustran por su detestada ineptitud ante las redes de la burocracia, los laberintos del trámite y los recursos legales y administrativos. Cada secretario de Educación Pública felicita a la revolución por sus logros, y la revolución (en su versión cotidiana de prensa subsidiada y funcionarios menores) felicita a la revolución por su secretario de Educación Pública, pero los alfabetizados no disponen de apoyos para ejercerse como tales, no hay bibliotecas en el ejido, en el municipio, en el pueblo, en la ciudad cercana; no hay nada que, social o gubernamentalmente, anime a la lectura y a tomarse en serio como sujetos de aprendizaje.

Y el magisterio se vuelve, para muchísimos, la chamba que permitiera llegar algún día a la profesión, el complemento del trabajo de taxista o de las ilusiones migratorias, aquello que se tiene cuando no se tiene nada, el trámite burocrático rodeado de alumnos que, por lo común, también carecen de porvenir concebible.

Y prosigue el triste rendimiento académico, se consolida el atraso en matemáticas y ciencias naturales. Y en un estudio reciente coordinado por Gilberto Guevara Niebla, las conclusiones son desoladoras:

En consecuencia, los pocos indicadores disponibles sobre la calidad del proceso educativo señalan, sin excepción, en todos los niveles, que México es un país con promedio escolar inferior a 5.8, un país de reprobados [...] El sistema educativo público tiene una pobre eficiencia interna. Los índices de eficiencia terminal son bajos y su tendencia es decreciente. 45 de cada cien niños que ingresan a la educación primaria, no terminan su ciclo. 30 de cada cien no acaban los estudios secundarios. 49 de cada cien ingresan pero no terminan sus estudios superiores. La baja eficiencia de la escuela primaria ha dado lugar a un rezago acumulado de 25 millones de adultos sin estudios primarios.

Nadie es responsable de la catástrofe porque, en el fondo y casi en la superficie, el gobierno no se cree en presencia de catástrofe alguna. El darwinismo social no ha muerto, y emerge entre las anotaciones retóricas de los secretarios de Educación.

"SÓLO HABRÁ ELECCIONES CUANDO LA DISIDENCIA ACEPTÉ QUE NO PUEDE VOTAR"

La respuesta a este panorama se da inesperadamente en dos secciones de las regiones "del atraso": Oaxaca y Chiapas. Allí los maestros suelen ser literalmente apóstoles, los gestores y promotores de la comunidad que enseñan, organizan las denuncias y promueven la resistencia, en medio de un ritmo sacrificial: las caminatas diarias de kilómetros de su casa a la escuela, el enfrentamiento a los caciques, el trabajo extenuante. Y obligados por su situación, los profesores de Chiapas y Oaxaca van creyendo en la democracia y exigen la realización de los Congresos estatales. A esto se niega Vanguardia Revolucionaria, que pospone y vuelve a posponer los Congresos, y recurre a la violencia física, las amenazas, el asesinato selectivo, los castigos salariales y administrativos. Todo inútil. Los maestros son tenaces, se sumergen en el sectarismo y lo trascienden, aceptan las derrotas parciales, se repliegan y vuelven a la carga, ganan asambleas y posiciones, viajan en masa y como pueden al Distrito Federal, se instalan en campamentos a la vera de la SEP, se lanzan a huelgas de hambre, botean y marchan infatigablemente en la capital, y son animosos y resistentes al punto de soportar al mismo tiempo el acoso externo y las divisiones internas, el autoritarismo externo y el dogmatismo interno.

No es fácil caracterizar a estos profesores de provincia. Ya no corresponden al

esquema tradicional: admiradores del general Lázaro Cardenas, nacionalistas, lectores de Teja Zabre, Makarenko y la revista *Siempre!*, fervorosos cantantes de corridos en las madrugadas, conciencias de culpa. El horizonte histórico más próximo a estos jóvenes profesores es el movimiento de 68, han construido una versión muy selectiva de la Revolución Mexicana, ya no han vivido dogmáticamente la Revolución Soviética y la Revolución Cubana, se declaran hijos simultáneos del nacionalismo (que les da su primera identidad) y de la tecnología a la que tienen acceso (que les permite entender el nivel drástico de su exclusión). Y su sistema informativo, caótico e irregular es menos ideológico que el de generaciones anteriores.

A la profundidad de su resistencia la fortalece otra novedad: el apoyo nutrido de los padres de familia que, seguros de la justicia de la causa, advierten en la rehabilitación moral y profesional de los maestros la vía de su propia recuperación. A esto sigue el apoyo de sindicatos, sectores de izquierda, comunidades eclesiales de base, etcétera. En 1958, el Movimiento Revolucionario del Magisterio no tuvo aliados, salvo los débiles grupos estudiantiles. En 1988 o 1989, la Coordinadora Nacional de Trabajadores de la Educación dispone de una comprensión activa de su movimiento.

¿Cómo, tras décadas de usurpación y deterioro del sindicalismo muchos localizan el sentido histórico del magisterio? ¿Es exagerado ver en este proceso el reencuentro de un gremio con la esencia (olvidada, pospuesta, burocratizada, casi exteminada) de su actividad docente? Y la pregunta complementaria: ¿qué piensan de la modernidad estos profesores, jóvenes en su mayoría? Por lo común, se la representan como aquello a lo que no se tiene acceso natural, lo que se perdió desde la ubicación de clase y la profesión socialmente marginal. Muchos emigran a Estados Unidos para alojarse en la periferia interna de lo que juzgan la modernidad por antonomasia; otros, de distintos modos juzgan al magisterio una práctica del anacronismo compulsivo. Y el único método a su alcance para reconciliarse con su profesión es la lucha sindical desde una perspectiva democratizadora.

"...ACCIONES CONTRARIAS AL INTERES PÚBLICO"

El 13 de febrero de 1989 se elige (digo es un decir) a Refugio Araujo del Ángel como secretario general. Él, ufano, habla de mantener la pluralidad, teniendo en mente las distintas corrientes dentro de Vanguardia Revolucionaria. La CNTE inicia el 15 de febrero las movilizaciones en el Valle de México, que incluirán paros, mítines, marchas al Zócalo, reuniones en el Auditorio Nacional. Las demandas: 100 por ciento de aumento salarial, repudio al XV congreso y salida de Carlos Jonguitud. A la siguiente semana otro paro, esta vez de 48 horas. El secretario general Araujo es enfático: "Quienes han realizado los paros son una minoría identificable que pretende desestabilizar al SNTE".

El 7 de marzo la CNTE moviliza cerca de 300 mil profesores del Valle de México, Oaxaca, Chiapas, Michoacán y Guerrero. Hay en la capital un paro de 24 horas que la SEP califica: "acciones contrarias al interés público". El 13 de abril se dan a conocer los acuerdos entre la SEP y el SNTE: un aumento del 10% al sueldo base, mensual, una compensación de 20 mil 104 pesos mensuales y 15 mil 625 como apoyo mensual de material didáctico. El aumento, explica el secretario Manuel Bartlett, "representa un particular esfuerzo del gobierno[...]" De parte de la CNTE Teodoro Palomino y Jorge Correa precisan: el aumento ha causado la indignación y el descontento que se vierten en el choteo: "Diez por ciento jajajá". El proceso es arduo. El dirigente de la CNTE Luis Hernández narra un momento climático en la Sección IX, entre la disputa y las negociaciones que nunca se concretan:

Quando Juan González Meza secretario general de INAH, toma el micrófono, se ama la trifulca empujones, golpes, mentadas de Madre. Es obvio los democráticos ya son mayoría. Juan no se baja del estrado. Los granaderos están a punto de poner el "orden". Se restablece la calma, si es que eso es posible. González Meza retoma la palabra. La gradería vanguardista no quiere dejarlo hablar. El se impone, exige un comité de composición. La mesa

de los debates, desbordada, declara un receso. Los delegados oficialistas emprenden la huida. En esas condiciones su derrota era inminente. Se marcha a su bunker, el edificio sindical reforzado. Sobre ellos le siguen los delegados del Bloque y sus nuevos socios. Solo alcanzan a encerrarse algunos vanguardistas, pero la mayoría no puede entrar, cercada por los democráticos que, a regañadientes, resisten la tentación de tomar el local y cambian el malestar por la ironía. Comienzan a cantar:

—En el nombre del cielo, os pido posada...

Los de adentro no les responden.

Los vecinos se solidarizan con los democráticos. Palabras de aliento, porras, víveres. Un joven sale con una olla de café y vasos; se los ofrece. Hace conversación con ellos. Cuando preguntan sobre cuanto le deben, él pone cara de ofendido. Señala:

—Por supuesto que nada. Se los manda mi abuelita. Nada más les pide que por favor se echen esa de "Paloma Cordero, tu esposo es..." Es que le gusta mucho a mi abuelita.

La revolución de las mentalidades que la paleomodernidad solo identifica con las inversiones extranjeras, se da —con inevitables desniveles— en estos profesores a través de la certidumbre de lo obtenido y lo obtenible. Son de su época porque los objetivos que se proponen tienen que ver con el gran esfuerzo de racionalidad colectiva a partir de la interiorización de la democracia. "Están al día" porque requieren con urgencia de la dignidad laboral que haga posible la renovación educativa. Y los actualiza también su renuncia a la "cultura de la derrota", consustancial a la oposición, que en el aplazamiento hallaba las pruebas de la superioridad moral. En su nuevo grito recurrente, interviene la memoria del 6 de julio de 1988 y la certeza del fin de los cacicazgos sindicales: "*Primero la Quina / ahora Jonguitud*". Con la gran diferencia implícita: si al imperio de Hernández Galicia lo derrumbó la decisión unipersonal, Jonguitud caerá por el impulso de decenas o cientos de miles.

El salto cualitativo: la conversión de las demandas gremiales en movimiento social. Y el 17 de abril más de medio millón de profesores aceptan el llamado de la CNTE y se lanzan al paro en todo el país y al paro indefinido en las secciones de la ciudad de México. Exigen el 100 por ciento de aumento salarial y la democratización en el sindicato. Las autoridades (del gobierno y las no tan privadas) amenazan, advierten, prodigan el dedo admonitorio, rebajan las cifras como si se tratara de elecciones federales. El CEN del SNTE llama "demagógica" la exigencia del 100% de aumento, y las Fuerzas Vivas (el ya falleciente "complemento histórico" del régimen, que en 1988 dejó de funcionar como única Voz Autorizada de la sociedad civil) reponen con acritud. El líder de la Coparmex Jorge Ocejo describe el paro como "grave e irresponsable"; el vocero del Episcopado Mexicano, Genaro Alamilla predica: "El paro no solo afecta a la población estudiantil, sino pone en crisis a la nación". Las autoridades de la SEP desdeñan a los disidentes y dan a conocer cifras maquilladas del alcance de su acción.

Durante semanas y meses febriles negocian y rompen negociaciones el SNTE y la CNTE. Se prolongan los debates internos en la CNTE, con las variantes inevitables entre "conciliadores" y "acelerados". Todavía tiene fuerza el sectarismo, la desconfianza casi orgánica hacia quienes no piensan exactamente como uno, y las dificultades para trascender el resentimiento social a que se les ha destinado.

El 23 de abril, reunidos en el Auditorio de Humanidades de CU, los de la CNTE reciben con júbilo la noticia: ha caído Carlos Jonguitud, lo que se quiere presentar como dádiva del paternalismo antipaternalista. Jonguitud renuncia en Los Pinos ante ese sindicato que lo nombró, el Presidente, y al rato el efímero líder del SNTE Araujo del Ángel "solicita licencia". Una vez más, la paleomodernidad cede sin admitirlo ante el empuje democrático, y se escenifica el famoso número del

travestismo institucional, donde el héroe de ayer (el Guía) es desenmascarado y exhibido como el Vil Cacique. En rigor, y como afirman integros periodistas e informadores televisivos, el dinosaurio eliminado jamás fue protegido del Sistema, al que difamó con su actitud. Así es, porque así debió ser, la historia: el régimen de la Revolución Mexicana (inaugurada en 1910 pero que, por problemas técnicos, apenas tomó posesión el primero de diciembre de 1988) supo desde el principio la negatividad de los caciques y sin presión alguna, porque los profesores no existen, decidió liquidar a Jonguitud, mientras y por lo pronto lo sustituía con una de sus antiguas complices, la profesora Elba Esther Gordillo. Y quien no vea en el trueque un formidable avance histórico, esta manipulado por la subversion.

En el gran mitin del 24 de abril en el Zócalo, los maestros se atribuyen el derrumbe del líder Jonguitud, mientras la profesora Gordillo pide el levantamiento del paro y le exige a la SEP, en tono que suponemos grave, el incremento salarial "que beneficie en forma real". Así se construye la legitimidad.

"PRÓPONGO QUE NO NOS VAYAMOS DE ESTA ASAMBLEA SIN DETALLAR NUESTRO PLAN DE ACCIÓN PARA EL SIGLO XXI"

Las movilizaciones de abril y mayo de 1989 sedimentan en decenas de miles de profesores la psicología nueva: ellos, que se creían habitando para siempre las zonas del atraso profesional, sin actualización académica concebible, han sacudido a la sociedad y entusiasmado a padres de familia y alumnos, le pusieron fin a los dieciocho años de cacicazgo jonguitudiano y son la masa crítica que resultó interlocutora del gobierno. Pero los avances conocen el límite de siempre: aún no se da el cambio y ya el régimen pregona el "Salto Histórico", con el discurso victorioso que lo da todo por resuelto de aquí y para siempre: "El gobierno —declara el presidente Salinas el 15 de mayo, mientras desfilan decenas de miles de profesores agradeciéndole al pueblo el apoyo—, respetuoso en todo momento de este movimiento, respondió a las demandas económicas de los maestros reconociendo que, en efecto, su ingreso había disminuido en mayor medida que el de los demás grupos. El diálogo y la negociación no son solo los métodos de gobierno sino el mecanismo que siempre auspiciaré [...]" Pero sólo la extraordinaria presión del magisterio democrático obliga al gobierno a las admisiones mínimas y es un tanto controvertible la frase "el gobierno, respetuoso en todo momento de este movimiento", ante las abundantes constancias de manipulación, distorsión informativa, calumnias al liderazgo de la CNTE, intimidaciones, etcétera.

"Diálogo y negociación." A un líder autoritario lo sustituye una líderesa autoritaria (a quien las circunstancias no obligan a negociar sino a declarar que se está negociando), queda casi intacta la estructura de Vanguardia Revolucionaria, los aumentos salariales no son simbólicos pero casi, hay pleno olvido del personal no docente. A cambio, algunos logros: el 27 de abril la SEP concede el 25 por ciento de aumento neto al salario, los democráticos ganan la Sección IX, Chiapas y Oaxaca, se instala una comisión SEP-SNTE-CNTE, hay diluvio de promesas institucionales.

En la espera, florece el sentimiento desesperado que, con mayor o menor éxito, interpreta la conciencia radical. En las asambleas, algunos, muy persistentes por lo común, asumen los éxitos de abril y mayo como argumentos a favor de la intransigencia (en el sentido de posesión de la verdad y de los recursos para imponerla), y se convierte en totem a esta "intransigencia". Y el alborozo unánime de abril y mayo se fragmenta, mientras se impone la dureza discursiva: no hay que ceder, ahora o nunca, quien desea negociar está transando, la debilidad es traición, el poder popular no se comparte. Y aparece otra versión del *Catch-22*, la trampa doble: el que se pronuncia por la negociación exhibe su falta de militancia (si no su

claudicación); el que no se opone a un radicalismo sin perspectivas, exhibe ante si mismo su falta de convicción.

En abril y mayo se consigue lo aparentemente imposible: romper el cerco que anulaba la voluntad individual y colectiva del profesorado, de estos 700 mil maestros hartos del doble turno, del juego burocrático con la "descentralización", de la cadena de sujeciones. A las manifestaciones: muchos al principio fueron "por hambre" (como lo han dicho reiteradamente), por imposibilidad de soportar un día más la situación laboral y la condición sindical. Y en triunfo los revitaliza, les infunde esperanzas insospechadas les hace vivir un momento utópico.

Pero al ascenso constante lo sucede el desgaste etemizado. El 16 de mayo se regularizan en todo el país las clases pero el movimiento continua de junio a noviembre. El 21 de junio otro despliegue: el 98% de las 579 asambleas de delegaciones de la sección IX son ganadas por candidatos democráticos. Y en medio de esto, el flujo de paros y marchas que condenan sin cesar Elba Esther Gordillo.

Pasa el auge, las necesidades organizativas apremian y en las asambleas va dominando el asambleísmo, la ideología que convierte a una reunión en el todo moral y político, que les exige a los presentes la fiebre y la calidad de la toma revolucionaria del poder. Lógica del asambleísmo: quien no vino, no existe; quien no habla con voz fuerte y desprecio apenas disimulado por reformistas y traidores, no vino; quien no jerarquiza a los enemigos (el más peligroso: el que discrepa en algo de nosotros), no merece venir; quien desdeña la imprecación y el sarcasmo se queda varado en el discurso blandengue; quien no sabe aguantar la eternidad de las juntas, merece que jamás se tome en cuenta su punto de vista. Así, mientras muchos maestros democráticos se fastidian y se desconciertan, emergen los grupos ultra apenas advertidos en las épocas de auge. Estos grupúsculos comparten actitudes: el odio por las organizaciones con presencia nacional (el PRD, la fobia más evidente), el uso del lenguaje "insurreccional" de los setentas, el empeño en politizar a través de la experiencia de la represión, el orgullo machista, y el sentir al alcance de su mano el control sindical, preámbulo de su conversión en gran fuerza política. Habla el ultra, y en su discurso no hay fisuras: "Compañeros, una vez más el Estado burgués ha procedido con su habitual crueldad. Y para destruir su maniobra, debemos acabar con los vicios reformistas en el interior de nuestro movimiento, concentrándonos en la lucha política, y dejando para otra ocasión los aspectos académicos y culturales. Eso es intelectualismo, compañeros, desviación pequeñoburguesa a la que no podemos hacerle caso".

Cada asamblea, el fin y el principio del mundo. El tiempo se invierte en reuniones que terminan un minuto antes de que empiece la siguiente, hay que señalar, acusar, deslindar, ubicar, y todo con miras al milenio revolucionario. Ante el ímpetu de los radicalizados, los demás se hacen a un lado. ¿Cómo oponerseles, de qué manera ganarles asambleas, si estas parecen destinadas al habla del exterminio, el razonamiento que se origina en la voluntad de calificar a las negociaciones de cesiones? Y sin que sea muy explícito, el plan se va dibujando: presionar al gobierno acorralándolo, demostrándole de que lado están las masas, la rapidez con que la ciudad se desquicia, la educación como variable de la radicalización. En el fondo, estos "acelerados" (y no en vano el timbre anacrónico del término), quieren hacer política a lo grande, creando perspectivas Nevski sobre la marcha, que be ratifiquen a la nación lo que muchos quieren olvidar: la revolución continua en la agenda.

Por su parte, la dirección del SNTE no se inmuta ante demandas en su mayoría justas, se afirma en la *intransigencia* que no admite democratización alguna, y no se inmuta ante la plena injusticia salarial. Pero en gran medida, el espíritu de la "radicalidad" en la CNTE no depende de los hechos, suficientemente ásperos, sino de la vida de ghetto, de la fe en la mitología revolucionaria, de la intensidad que agiganta la vida de asamblea y la convierte en el sentido mismo de la nación. Y se insiste: "A la base compañero, hay que educarla a través de las movilizaciones". Y de allí a los plantones, las marchas, el forcejeo con los automovilistas, la exigencia con los padres de familia, las ácidas discusiones con los renuentes, los paralizados por el miedo o el fastidio, los indolentes, los reformistas.

En octubre y noviembre la lucha magisterial pierde mucho del impulso primero. Esto, previsible, se acrecienta al imponerse la lgica de la confrontación, la ilusión que ve caer los muros del Estado a punta de marchas y plantones. Los profesores enloquecen el tráfico y los automovilistas protestan, le exigen a la policia que intervenga y los desaloje. Tal enfrentamiento es innecesario, pero la inflexibilidad de la dirección del SNTE y la cerrazón presupuestal le facilitan el camino a los dogmáticos. Y es imposible juzgar en bloque, porque muchos de probado espíritu de sacrificio, solidaridad y desinterés, son partidarios frenéticos de la intransigencia.

¿Cuál es el contexto de la polarización? Una educación primaria calificada de "zona de desastre" por los expertos, cinco millones mas de analfabetos en el sexenio de Miguel de la Madrid, la aceptación explícita de que la primaria es ahora la estación terminal de la mayoría de los mexicanos (¡La primaria, la genuina universidad de masas!), la deserción escolar, el anacronismo educativo, y, como paisaje, la creciente concentración del privilegio.

¿Cómo se explica la recaída en "la cultura de la derrota"? Al respecto, hay dos veisiones no contradictorias sino complementarias. Al gobierno le conviene fomentar las respuestas coléricas, de rencor puro, los estallidos de rabia que confirman la impotencia. Esta es la táctica oficial: ceder sólo en lo secundario (y eso no siempre), apegarse al fraude, jactarse del triunfo de la democracia ignorando la realidad, manipular hasta donde se puede en los medios masivos.

Con todo, aún hay sitio para el optimismo. Si el radicalismo escénico aún persiste, incapaz de extraer conclusiones de las derrotas y de los rechazos de la opinión pública, son mayoría los maestros convencidos de la banalidad del espíritu apocalíptico, y de la necesidad de un desarrollo integral, en lo político, lo educativo, lo cultural.